

En esta línea, una restricción que tuvimos muchxs investigadorxs –y más aún de la ciencia y la educación públicas– tuvo que ver con la esperanza (entendida con Hobbes, como reverso del miedo), que anida en todo progresismo ilustrado. Digo: nuestro problema no fue con lo que *no* vimos (de hecho, todxs lxs autorxs de este libro documentamos muy precozmente y problematizamos los primeros indicios de estos giros), o lo que *no* previmos (porque en gran medida lo hicimos: anunciamos, enunciamos y hasta denunciemos), ni lo que nos resistimos a analizar (volvimos al campo y profundizamos, tampoco cedimos ni al espíritu celebratorio ni al entusiasmo que supo generar la emergencia de lxs jóvenes en la escena pública desde una mirada adultocéntrica); sino justamente con lo que *sí* vimos, previmos y analizamos, pero no pudimos alojar sin transitar antes un intenso proceso reflexivo.

En gran medida, ello se debe al carácter positivo y transformador que tendemos a asignar tanto a la política como a la juventud y que dificulta el reconocimiento de una politización juvenil en clave conservadora, aun cuando como escribiera Mannheim en ¡1928!: “no hay nada más incorrecto que suponer– como presume acríticamente la mayoría de los teóricos de las generaciones– que la juventud sea en sí misma progresista y la vejez en sí misma conservadora”. Teníamos vasto conocimiento de los procesos que se fueron gestando, y si nos sorprendieron no fue por inesperables sino por inesperados; digo: no eran lo que esperábamos sino lo que temíamos; y solo pudimos comprenderlos cuando dejaron de ser (para nosotrxs) ambas cosas y pudimos vincularnos –simplemente– con lo que estaban siendo en su inmanencia. Para ello, debimos atravesar la experiencia del neoliberalismo por eso mismo *recargado*, teñida por el sinsentido y la sensación de intemperie, porque nuestras palabras no servían en ese lugar (*¿Es que mi dinero no vale?*). “Son otra cosa”, escribió Gustavo Varela en su muro, que luego advirtió sobre la inutilidad de argumentar o acusar, porque “como en *The Truman Show*, rebotamos contra la nube [...] Es una puesta en escena sin afuera. Una política sin afuera” (Varela, 2019, p. 11).

Pero afuera (de la puesta en escena) sí había un afuera, como la *otra fiesta en el centro del vacío* del poema de Juarroz. Y nosotrxs nos vimos lanzados al intenso ejercicio de entrar y salir de estas performances, realidades sociales entre las que discurrían también nuestras vidas, mientras la *doble hermenéutica de las ciencias sociales* nos jaqueaba por momentos la existencia. Hicimos un aprendizaje significativo, un cambio conceptual que se expresa en muchas dimensiones, en los múltiples y plurales saltos epistemológicos que nos situaron acaso más *entre* los conceptos y *entre* los argumentos que *en* ellos. Tuvimos que poder con lo que vimos, con lo que previmos, con lo que